

SUSANNA TROSSERO

Ladrones de vidas



2012

SUSANNA TROSSERO vive en Roma, Italia. Escribir es su principal ocupación. Ha publicado poemas, cuentos y está trabajando en algunas novelas. Es aficionada a los microrrelatos.

Su blog es susannatrossero.it

Ladrones de vidas

Susanna Trossero

Título original: *Ladri di vita*

Traducción de: Celia Cordero Pérez

© Graphe.it Edizioni di Roberto Russo 2012
tel 075.50.92.315 – fax 075.58.37.286
www.graphe.it • graphe@graphe.it

ISBN 978-88-97010-32-6

Portada: © frenta - Fotolia.com

PROPIEDAD LITERARIA RESERVADA

Síguenos en:



twitter.com/graphedizioni

facebook.com/Graphe.itEdizioni

Marina había nacido a orillas del mar, en una antigua tierra de gente temerosa de Dios, dedicada a la Iglesia y a las cuestiones ajenas, en un pequeño pueblo de bajas casitas entre las que había visto la luz: ochenta y tres almas, ochenta y cuatro con ella; las ventanas de las casas daban a un arenal que ni siquiera podía contar con la llegada de turistas: era muy fangoso y por consiguiente, poco atractivo el panorama circundante o el aspecto de aquella franja de costa que Dios había elegido para ella.

La región ofrecía hermosos rincones, ciertamente mejores que aquel barranco olvidado; en cambio, allí... pescadores, mosquitos y poco más. Eso era todo. El olor a pescado se mezclaba con el de los geranios y las adelfas, los tomates puestos a secar, los higos estropeados abandonados a las abejas o el mosto. Pero a nadie parecía importarle.

Evidentemente, a nadie le importaba la larga e inexorable agonía de los peces; la lenta asfixia de aquellos seres mudos, atrapados en las redes; eran parte integrante del lugar y aquello ni siquiera afectaba a los chavales. En general, su atención se fijaba en todo lo que volaba: los nidos de gorriones, los murciélagos, iewos sí que eran divertidos! Pero los peces, éstos no, no les gustaban.

Esto era el pueblo. Nada más.

Por la mañana temprano, cuando todo comenzaba a colorearse de un gris fúnebre, las mujeres abrían las puertas a la calle y comenzaban a trabajar con las “*mugginare*”: tres capas de redes unidas entre sí para capturar pequeñas presas destinadas a mercados vecinos o al caldo de las ollas para la noche.

Poco más allá, las viñas y la taberna. Los hombres, que jugaban ruidosamente la partida, hacían de su alboroto y sus blasfemias una parte integrante del pueblo. Ciertamente, no se aburrían; hablaban de mujeres, de mujeres de verdad, no como las que llevaban durmiendo

junto a ellos toda una vida, sin perfume ni maquillaje, gordas y que dejaban el delantal en la silla de paja, junto a la cama.

En alguna ocasión, alguno de ellos iría al mar para no regresar jamás a casa. Alguno ya lo había hecho, no precisamente por una tormenta, como los menos afortunados. Carlos, por ejemplo, había llegado a otras costas poco después de que su hija Marina fuese concebida. Su explicación fue que no estaba preparado para ser padre. Demostrando ser todavía demasiado “hijo”, había revelado el lado más ruin del hombre en todo su *esplendor*. Los hombres de la comunidad se daban codazos, complacidos y aliados: había logrado rebelarse, brindar por él se había convertido en un rito y en una esperanza para los demás “prisioneros”.

Ni siquiera le había rozado la sombra de la indecisión. De nada habían servido las advertencias del párroco, ni las amenazas públicas el domingo por la mañana en misa; es más, a decir verdad, fue precisamente ésta desagradable intromisión, condimentada con la desaprobación de las otras mujeres, lo que le dio el coraje necesario para la fuga.

De este modo, reunió sus escasas pertenencias y se fue. Eso fue todo; no hubo un saludo para sus compañeros de borrachera, ni para su familia, ni un adiós a Rosa, ni a su pequeña “estrella marina”, todavía escondida en el vientre de su madre. Nunca supo del color de sus cabellos, rubios como la cerveza de la taberna, ni del gris de los ojos que algún día lo juzgarían.

Rosa había sido un hermoso paréntesis, cierto, pero todo tiene un principio y un fin y ése era el momento justo para la conclusión. Él no había elegido formar una familia, entonces, ¿de qué le acusaban ahora?

Evidentemente, ¡Rosa era tan bella! Mentirosa, pero bella: “Puedes estar tranquilo Carlos, déjate llevar, yo no puedo concebir, ni siquiera me viene *esa cosa* todos los meses....” *Era diferente: Ojos* atentos y ardientes, movimientos felinos, con la curiosidad encendida por “las cosas de sexo”, ningún miedo al pecado y un ávido sentido que lo recibía como ninguna otra había hecho antes. Atenta a sus formas, amante de los espejos, con una piel perfecta y blanca como la leche, que mantenía lejos del sol para que no envejeciese como la de las otras.

Sin embargo, nada de eso le había servido para conservar a Carlos, no por mucho tiempo. Loco por ella, pero sólo hasta la *noticia*, que conoció a solas, y en absoluto contento con el lento crecimiento de su vientre.